

ganaderas y mesones; las estancias, antecedentes de las haciendas. En realidad, debido a la fertilidad y buena irrigación de sus tierras y a su proximidad al gran mercado de la Ciudad de México, el interés español por la zona de cultivo de la región tepaneca fue bastante temprano. Así es como, por medio del abuso, en los primeros tiempos, de la compraventa más o menos legal, y de las mercedes, los españoles se hicieron de muchas tierras en toda la jurisdicción de Tacuba, al grado de que se volvió una villa de indios y españoles. Sin embargo, pese a la disminución de la población indígena, el gobierno indio de la villa logró mantener cierto control sobre las tierras de las comunidades, que

no pudieron ser arrebatadas de manera indiscriminada por los españoles. De modo que las haciendas no crecieron sin control. En realidad, ésta es una situación no privativa de Tacuba, sino de todas las buenas tierras del centro de México, cerca del gran mercado urbano, pero habitadas por una densa población indígena. Sólo el norte fue una tierra propicia para las grandes propiedades, como bien lo señaló François Chevalier. En el caso de Tacuba, Emma Pérez Rocha encontró un acceso significativo pero limitado de los españoles a la tierra, así como una gran dispersión de los lotes poseídos por indios y por españoles y por las cofradías que tenían un papel importante en la vida de

la gente. También advirtió Pérez Rocha que, en Tacuba, como sucedió en muchas regiones de la Nueva España, las tierras cambiaron frecuentemente de manos, lo cual parece ser indicativo de una escasa reinversión de las ganancias, debido a los gastos suntuarios y eclesiásticos, que obligaba a la inversión de recursos generados en la minería y el comercio.

Es un placer la lectura de este gran libro de Emma Pérez Rocha sobre los hombres y la tierra en la antigua Villa de Tacuba. Mi ejemplar, de la primera edición, está ya todo desencuadrado, las hojas se soltaron, y espero mandarlas encuadrar para poder seguirlo leyendo y aprendiendo.

Calleja: la historia de una gran fortuna

Martha Terán*

Juan Ortiz Escamilla, *Calleja. Guerra, botín y fortuna*, Xalapa/ Zamora, Universidad Veracruzana/El Colegio de Michoacán, 2017, 270 pp.

* Dirección de Estudios Históricos, inah.

Sobra decir que el retrato más famoso de Calleja nos es muy conocido. Constantemente se difunde para evocar los años terminales del virreinato y se ha vuelto indispensable cuando se trata de ilus-

trar el lado duro de la guerra por la independencia. En el cuadro, astuto y sereno, casi manso, se mira a Félix Calleja, según se firmó desde cadete hasta volverse el comandante de armas cuya trayectoria describe Juan Ortiz en el primer capítulo del libro que cele-

bramos. Años después ya se firmaba Félix María Calleja del Rey, en su actuación como hombre clave de la guerra entre insurgentes y realistas, experiencia que nuestro autor trata en el segundo capítulo. Varias investiduras en paralelo a la de virrey aparecen en el lema de este cuadro pintado al óleo por José Pingret en 1813, así como sus más largos apellidos. En el fondo del cuadro, atrás del bien organizado campamento militar de Calleja, se levanta la humareda de la batalla que destrozó a los enormes contingentes rebeldes del primer movimiento por la independencia, por la que terminó en desuso el magnífico Puente de Calderón, también representado en la pintura, además de otras obras y caminos que había estrenado el eficiente Consulado de Comerciantes de Guadalajara siete años antes. Esa victoria decidida por Calleja le dio nombre al título de Conde de Calderón que le otorgó el rey años después. La ruina completa del sistema de caminos refleja la devastación estructural que irá dejando la guerra a través de los años.

El rostro de Calleja acapara la portada del libro, de tal forma que no requiere ser descrito por Juan Ortiz para revelar su personalidad. El atuendo lujoso y esmerado no deja dudas: se encuentra Calleja en el momento más alto de su fama. Nunca había estrenado trajes tan opulentos o acaso lo hizo cuando se casó. Y no sólo él vestía de carísimo corte: también se uniformaban escandalosamente bien los elementos de su escolta personal. Para cualquier militar llegado a la América sería algo sobresalien-

te terminar como virrey, particularmente habiendo arribado sin bienes. Por eso está Félix Calleja tan cómodo. La pintura, además de ostentarlo como virrey, atestigua la destrucción de la mayor fuerza militar que reunieron el cura Hidalgo y el capitán Allende a cuatro meses de haberse iniciado la guerra. Está sentado, también, a punto de dictar lo necesario para neutralizar la insurgencia en la Ciudad de México que levantaron “Los Guadalupe” y otros “traidores ocultos”. Pronto opinará sobre el camino secreto que deberá recorrer el generalísimo José María Morelos rumbo a ser pasado por las armas y luego hará planes para dispersar o destrozarse o aislar aquello que hubiere quedado del movimiento por la independencia, en la Nueva España y en las provincias internas.

Calleja se retrata con la satisfacción de haber amalgamado los poderes político y militar, o bien, de tomar “la política como continuación de la guerra”, según titula Juan Ortiz al tercer capítulo del libro, en el que se atreve a caracterizar el mandato de Calleja como una “dictadura militar”, un concepto extremo que justifica para atraer nuestra atención a esa inusual concentración de poder para sí que permitió al rey Fernando y a sus fieles retomar las riendas de la Nueva España, perdidas tanto por la crisis imperial como por la crisis particular del virreinato, por la propia guerra y militarización de la sociedad, y por el debilitamiento del orden político antiguo que provocó la Constitución de Cádiz. Aho-

ra bien, mucho más tiempo que el de la vigencia de Cádiz, le tocó a Calleja como virrey la restauración del absolutismo. Sin embargo, Juan Ortiz prefirió sopesar su actuación no exclusivamente desde la Secretaría de Cámara del Virreinato, sino también desde la Corte de México, para transmitir al lector el lado personalista y pragmático de Calleja y explicarnos cómo preparó su salida de la Nueva España y volvió prioritario el control de los caminos de México a Veracruz para trasladar esa enorme fortuna familiar que depositó en Valencia, España, la materia del cuarto y novedoso capítulo, cuya realización demandó un gran trabajo de archivo por su enorme grado de dificultad.

Lo interesante es que este libro cierra un enorme paréntesis en la vida de un experimentado historiador de lo militar, si tomamos en cuenta que Juan Ortiz ingresó a los estudios de doctorado con el interés puesto en escribir una historia de México en la Segunda Guerra Mundial, y en El Colegio de México cambió de guerra, por la de la Independencia, y de sujetos, pues primero puso énfasis en los pueblos, su relación con los ejércitos insurgentes y realistas, y en la guerra de por sí. Entonces publicó un libro importante en dos tiempos, si consideramos que *Guerra y gobierno. Los pueblos y la Independencia de México*, tuvo una edición en 1997 y una reedición corregida y aumentada en 2014. El corazón de la obra fue su tesis de doctorado, en cuya presentación el jurado le aconsejó que escribiera una bio-

grafía sobre Calleja por lo presente que estaba en la investigación. Entonces también escuchamos a Juan Ortiz decir que era demasiado antipático el personaje como para interesarlo. Era complicado comprometerse a escribir sobre el antihéroe de la Independencia, cuando lo común había sido fomentar los estudios de los “héroes que nos dieron patria”.

En este paréntesis que reclamó décadas de su vida profesional, Juan Ortiz escribió otras cosas, si bien, lo que aquí importa es que después de mucho prometer él mismo una biografía de Calleja, emprendió algo diferente en lo que cultivaba muy bien: la historia militar. Entonces comenzó a relacionar sus descubrimientos puntuales sobre el principal hacedor de la contrainsurgencia, dados a conocer previamente en ensayos y mediante la publicación de documentos, con sus sólidos conocimientos acerca de la guerra, a los que sumó los resultados de su más reciente búsqueda, ya alineada en una sola dirección. Por fin, Juan Ortiz había encontrado cómo estudiar algo nunca pensado como un tema que necesitara una explicación: el enriquecimiento extraordinario de Calleja, tanto por acciones legales y permisos de guerra como por medios no necesariamente legítimos. Este *Calleja...* de Ortiz ya se esperaba —sin ser propiamente lo que se esperaba— una biografía, puesto que nos regala una historia de servicio militar y político que justifica la historia de una desmesurada fortuna. La de quien supo “hacer la América” por los mecanismos a

su alcance: inspeccionar las fronteras de guerra y los confines del Imperio, formar ejércitos, dirigir las tropas del rey en una guerra civil y contra el Imperio larga y depredadora, aprovecharse de su poder militar y servirse de sus cargos para multiplicar y resguardar su hacienda. Calleja se pintó a sí mismo muchas veces en informes al rey y en otros escritos cruciales para él, siempre sobrado, eficiente y puntual en transmitir su actuación. Lo curioso es que ese concepto que tenía Calleja de sí recorre el libro, pues Ortiz no le impide hablar, sino que le presta los renglones que puede. Leer las palabras de Calleja en sus escritos finales y leer algunas explicaciones del autor con esas mismas palabras, no prende signos de alarma por tratarse de un conocido apasionado por sus temas. Además, ¿por qué juzgar la fascinación por un personaje de semejante calado ya dichas sus habilidades, crueldades y etcétera?

Este libro de historia permite una lectura como biografía, aunque no se rige por los métodos del género ni se detiene en el personaje central. El autor afirma que lo cotidiano también fue un eje de su investigación, si bien no contó con papeles tan relevantes y abundantes como los que sustentan los otros temas. Aunque incorpora los datos vitales y tuvo ocasión de mencionar otros según sus mismas fuentes, el libro se concentra en lo que señala el subtítulo: guerra, botín y fortuna de Calleja, un tremendo hallazgo de investigación, repito, que cobra mayor importancia porque hablamos de

ganancias fruto de la devastación y del horror que produjo nuestra primera guerra verdadera. En la facilidad para descubrir secretos que se guardaron con la intención de otros siglos está la destreza de Juan Ortiz como historiador, y todo gran descubrimiento abre una veta de investigación. De lo que antes nada sabíamos, ahora existe un mundo por conocer. Se explica el origen de la fortuna Calleja-De la Gándara: la dote de la joven hija de una familia muy opulenta representa el 10 por ciento del total y el aporte de Calleja integra el 90 por ciento restante. Dicha contribución parece haberse generado en su visita a las provincias internas de oriente, de la formación de milicias y de su residencia militar en San Luis Potosí, entre negocios y transacciones que le permitieron superar con creces la dote de doña María Francisca. Calleja poseyó liquidez suficiente para comprar propiedades diversas en años tan difíciles como los de la Consolidación de Vales Reales, cuando muchas fincas tuvieron que salir a remate. Entró a la guerra rico y por el libro desfilan las oportunidades que tuvo para hacerse de más botines, en especie, dinero, fetiches en pedrería y metales, “bienes tomados al enemigo” y beneficios por consentir el comercio protegido por los convoyes, a unos y no a otros. Sin embargo, nada parece suficiente para comprender la cuantiosa fortuna que Calleja trasladó a Valencia si no volvemos los ojos a su esposa, o al libro de José de Jesús Núñez y Domínguez, *La virreina mexicana. Doña María Francisca de la Gán-*

dara de Calleja,¹ pues con él completará el interesado las noticias con que ahora contamos sobre ambas fortunas, prosperidad, traslado y su derrame en Valencia.

Ahora bien, sobre el conjunto de los capítulos, cabe decir que están muy bien tratados los dos primeros que abordan, respectivamente, la trayectoria temprana de Calleja, desde recluta, y el papel de Calleja en la guerra. El tercero trata de su gestión como virrey, que es además divertido, aun sin valerse del particular escarnio con que fue tratado por la opinión pública y la picardía popular en los años en que hubo libertad de imprenta. El último capítulo costó al autor un esfuerzo gigante: la presentación de la fortuna de Calleja, de la que falta mucho por saber todavía. Para investigarlo, el autor recorrió diversos archivos de México y España y no cerrar el paréntesis que lo regresa a su primer interés como historiador. Juan Ortiz nos regala gajos apetitosos de la vida de Calleja, pero esta obra es biográfica sólo en la medida en que los servicios militares que aquél ofreció a España duraron décadas. Lo sobresaliente es

que nos ofrece, en voz y por los ojos de Calleja, una respuesta a la pregunta: ¿por qué fue derrotada la insurgencia de la Nueva España? Argumentar sobre este aspecto tiene su importancia, ya que sólo así se entiende por qué, como reflexión final, Juan Ortiz no profundiza en Calleja o le levanta una sumaria. Esas últimas hojas las ocupa para transmitirnos su narrativa personal, armada en décadas, de una guerra cuya fisonomía local la dieron en mitades tanto los dirigentes de la Independencia como su antihéroe Calleja y demás jefes de armas. Con dicha narrativa sobre la guerra, Juan Ortiz nos repite, como siempre, que sin un entendimiento suficiente de lo militar no se puede comprender bien el llamado “proceso emancipador”.

He aquí un libro escrito con madurez, soltura y cierta libertad, que faculta a Juan Ortiz a hablar sin distinción de “Colonia” o de virreinato, o usar conceptos no habituales como “la antigua Mesoamérica”, modernismos como “lavado de dinero”, calificaciones audaces como “insurgencias barrocas”, o sostener que Calleja fue

un hombre ilustrado. Aunque Calleja hubiera llegado a la Nueva España elegido por un hombre de verdad ilustrado, el segundo conde de Revillagigedo, lo que el autor nos relata es que el instruido de las mocedades no lo fue cuando manifestarlo debió ser ineludible: hacer frente a la grave epidemia que cundió desde el sitio de Cuautla, que sus propias tropas trajeron a la Ciudad de México y Calleja padeció al estrenarse como virrey. Si a fray Servando Teresa de Mier se le conoce como “el campeón de las huidas”; si uno de los biógrafos de Xavier Mina le puso a éste “el hombre de la doble mala suerte”; si a Hidalgo poco se le discute que se le considere el “padre de la patria”, si Morelos se miraba como “el siervo de la nación”, podría dejarse a Calleja uno de los motes que propuso: “el salvador de una causa perdida”? Cuando el nuevo virrey lo ayudaba a sacar la fortuna “de su esposa”, hacia fines de 1816, se hizo muy popular una coplilla que advertía: “Apodaca / ya no da leche la vaca / porque la poca que dio / Calleja se la llevó”.

¹ Publicado por la Imprenta Universitaria, en México, en 1950.